

Augusto Escobar Mesa* (Universidad de Antioquia)

Diálogo compartido con Ramón Illán Bacca

Primera versión recibida: marzo 25 de 2005;

versión final aceptada: abril 23 de 2005 (Eds.)

Resumen

En este artículo se hace una presentación de la vida, obra y bibliografía de Ramón Illán Bacca y luego un diálogo en el que el escritor del Caribe colombiano, autor de seis obras de ficción y tres libros de crítica, nos muestra una realidad llena de ánimo festivo y de chismes e historia cotidianas contadas con fino humor, gracia y simpatía. Ramón Illán Bacca es un escritor que vive de fisgonear vidas, asuntos, historias ajenas para disfrute de los lectores.

Palabras clave: Ramón Illán Bacca, entrevista, humor, historias ajenas, escritor del caribe colombiano.

Abstract

Dialogue shared with Ramón Illán Bacca

In this article a presentation becomes of the life, builds and bibliography or Ramon Illán Bacca, soon and dialogue in which the writer of the Colombian Caribbean, author of six fiction works and three books of critic, shows to a full reality of festive spirit and gadgets and daily histories to us counted with fine humor, grace and affection. Ramon Illán Bacca is a writer who lives to snoop lives, subjects, and other people's histories for benefit of the readers.

Key words: Ramon Illán Bacca, interview, humor, daily histories, writer of the colombian caribbean.

* Doctor en Letras Universidad de Bordeaux III-Francia, profesor e investigador de la Maestría en Literatura de Universidad de Antioquia. E-mail: aescobar@catios.udea.edu.co

Como dice Go Toba, protagonista del cuento de Bacca «*Cómo llegar a ser japoneses*»: «*Ese es mi drama: nacer en un país y en una época que no son los míos*» (2001:12). Por eso Ramón Illán vive sumido indagando las historias ajenas y del pasado como si fueran suyas, con la suficiente distancia para rastrearlas como el mejor de los sabuesos y un toque de distinción que se va afinando bajo la medición de un singular humor caribeño. Bacca es un soñador jovial y empedernido que no se ha contentado con los oficios de maestro, abogado, sino también juez de baldíos y profesor universitario que le permite el tiempo para escribir lo que le gusta. Pero a lo que mas tiempo le dedica es a lo que el bien conoce en su propio descarrió: el arte de la conversación y de contar historias padecidas por otros.

A manera de inventario epidérmico podemos decir que Ramón Illán Bacca es, de la generación de los años 30 (1938), samario por nacimiento (Santa Marta) y barranquillero por adopción y trabajo. Tampoco le sobra el cachaco por formación ya que universidad Libre de Bogotá lo titulo de abogado, pero también tuvo sus andanzas por la Universidad Bolivariana de Medellín, de la que salio con una admonición de «manzana podrida» (1999:41) de monseñor Félix Henao Botero, por haber simpatizado -mas no haberse dejado inocular- de la «tropa de ateos» del nadaismo antioqueño comandada por el «filisteo» Gonzalo Arango. De esta multietnia, como si fueran pieles superpuestas, la única que se le nota y excluyente, es ser caribeño por naturaleza, y a ésta, va estrechamente unida a su espíritu carnavalesco, su dote de narrador nato, además de incansable mamagallista.

Como muchos de sus personajes, ha desempeñado el oficio de periodista sin serlo ni proponérselo, simplemente el oficio de cronista loa llevado a ello. Se caracteriza por ser un compulsivo figoneador de historias ajenas, metiche de la vida y de extravíos de los otros; además, perro sabueso a la caza del chisme inédito, de la historia embolada en la memoria o en periódicos viejos o en revistas llegadas de allende y coleccionadas por familiares, amigos y conocidos que abre sus arcas a tan experto buceador. De ahí el interés temprano por los ambientes de periódico, o mas bien, por las tertulias que derivan previo o a posteriori del trabajo formal de cargaladrillo. Comenzó a deambular de periódico en periódico, primero como periodista a distancia y esporádico salario, luego como corresponsal de el tiempo y de otros periódicos de la costa, finalmente participa durante varios años en el suplemento Literarios del Diario del Caribe de Barranquilla, y esto dura hasta que se mete en un lío parecido al de la Universidad Bolivariana y con afín resultado, es decir, tocar los fueros del omnipotente dueño del periódico.

Sobre líos parecidos, Bacca la ha embarrado no pocas veces como si hiciera honor a su apellido. Siendo aun pequeño y mas de una vez fue sacado de las orejas del gallinero del teatro Rex porque no quería perderse ninguna película de vaquero en las que un solo superhéroe mataba veinte a treinta indios común par de pistolas sin que se arrugara la camisa ni moviera el bigote engominado. Pero menos podía perderse las películas mejicanas que eran el noventa por ciento de las que se presentaban en esa

época en que los teatros de pueblos y ciudades intermedias de Colombia; género del que se volvió experto. Esto duró así hasta que descubrieron el rato que había en el techo del teatro por donde él y otros capaban cine desde el gallinero.

Las lecturas edificantes en el seminario de Santa Marta lo llevaron inevitablemente en su preadolescencia a los libros de capa y espada y al *Diccionario filosófico* de Voltaire que se lo regaló un tío «descreído y anticlerical» que, según Ramón Illán, «fue su vacuna contra todos los fundamentalismos». Así que más pronto que tarde hubo de salir del seminario por su personalidad díscola y frívola. Como reincidente y atendiendo a la moral escolástica de su tiempo ingresa a la Bolivariana, pero pronto pudieron mas los afanes externos del mundanal ruido y las deliciosas y licenciosas lecturas de un tal Henry Millar en la traducción y edición de bolsillo personal de ese otro «perverso de las juventudes» llamado Gonzalo Arango, y así Bacca hubo de salir forzado de la fundación pontificia. Pero eso no es todo, leyó con los de su «degeneración», «para ponerse a grandes zancadas en la hora del mundo» a Sastre, a los poetas suicides norteamericanos, a los escritores de alcantarilla neoyorquinos, a Jack Kerouac y Allen Ginsberg, a los beatnicks. Y claro semejantes sobresaltos eran algo demasiado para las tías Abuelas, y como Ramón confiesa: «ellas me quitaron el apoyo y entre el reino de la necesidad, del que nunca mas he vuelto a salir».

En esa faena de supervivencia llegó al periodismo y al grupo del Suplemento Literario del Caribe, pero como reiteran sus tías, «vaca ladrona no olvida portillo», al principio todo fue incienso y olor de sacristía, pero cuando fue «cogiendo alas», comenzó a reproducir viñetas eróticas, una por aquí, y otra por allá, y los directores toleraban eso porque consideraban que eran pequeños desafueros de la edad, pero Bacca creía que era el «aggiornamento», que sus jefes de veras habían entrado a la era de la modernidad. Sin embargo, no fue así, llovieron rayos y centellas cuando en el artículo protesta por el golpe de Pinochet contra Allende. Pero realmente el mundo se le vino encima cuando, jubiloso, Ramón Illán, desde el suplemento celebró la muerte del dictador español Francisco Franco, Tamaños desaciertos y radicalismos que se codeaban con actos casi subversivos no eran posibles de tolerar. De nuevo, como aquella vez en el teatro Rex, salió a «brillar baldosas» como dicen los «parceros».

Poca alternativa la quedaba luego de tan olímpica trayectoria: meterse de maestro para vivir sobreaguando o de escritor. Para acabar de hundirse. Como buen triunfador, optó por las dos y ahí va, hasta ahora, viviendo de «echar el cuento» como profesor en la Universidad del Norte y, segundo, de la escritura, asombrándose ante la magia de que con la simple combinación de «24 sonidos, algunos signos de puntuación y soñar, se puede construir un mundo, o sea, una novela».

Bacca es un escritor caribeño no muy conocido a pesar de sus nueve libros, pero su literatura deja el descubierto una realidad llena de fino y delicioso humor, de recónditos secretos y ánimo festivo. Ramón Illán Bacca es un escritor que vive de figonear vidas, asuntos, historias ajenas para disfrute de sus lectores y antes, de sí mismo.

Augusto Escobar Mesa. Así como se escucha en la tradición popular que «un infortunio trae otro», también se dice que «tres el infortunio, fortuna», ¿fue esto último lo que paso con tu cuento «*El espía inglés*»?

Ramón Illán Bacca. «*El espía inglés*» eran tres artículos que yo había escrito en distintas épocas, como en dos años, y eran unos artículos periodísticos. Un perfil de un posible espía en Cartagena, inclusive eran como dos. Peter Schultz-kraft llevo alguna vez a Barranquilla y me dijo: «estoy interesado en ver tu producción literaria», entonces yo le entregue *Señora tentación* y me dijo que en dos meses me tendría alguna noticia y así fue, me llamo y me dijo: «tus cuentos son buenos pero el que mas me gusto una crónica que te leí en *Crónicas casi históricas* que se llama «El espía inglés» y me pregunto que si no había posibilidad de volverlo cuento. A mi pareció un poco rara la cosa pero pensé: «Berlín bien vale una misa». Entonces si, lo volví cuento. Pero como no le gusto el final entonces le mande diecisiete finales y tampoco le gusto ninguno. El final que el puso s de el mismo cuento. A los de la editorial de EAFIT le gusto ese cuento y otros y lo publicaran como libro. En alemán saldrá con el titulo *Soñando la vida* y tiene 73 o 74 autores de Jorge Isaacs hasta Mario Mendoza; incluye mucha gente nueva.

Muchos amigos costeños intervinieron en el cuento. Tome el nombre de un amigo para uno de los que trabajaban en «*El espía inglés*», entonces le nombre me pareció realmente tan sui generis. Se llamaba Balzeir, entonces yo lo puse Balzeiro porque me pareció raro y sonoro; además, a mi me gustan esos nombres que no tienen toca-yo, por eso tengo nombres como Bratislava Cantillo, Francia Traversa, Débora kruel, Momo de Carril, Gunter Epiayú; son nombres que no tienen toca-yo.

AEM. ¿Cómo se desenvuelve un caribeño en medio de tanto cachaco paisa y godos hasta la medula?

RIB. Yo estude bachillerato en Bolivariana y era el único bolivariano de la barra en la cual estaba Álvaro Tirado Mejía. Ricardo Echevarria que se suicido. Clarita Gómez que se acerco después, Jorge Orlando Melo. Moisés Melo, Mauro Castro y otros. Todos éstos eran muchachos universitarios y que, además, mirábamos con mucha simpatía a los nadaistas; éramos medio amigos de ellos pero no nadaistas, pero si simpatizábamos con algunas cosas del movimiento.

AEM. Al protagonista del cuento «*A La deriva*» de Horacio Quiroga lo pica una serpiente y vive su drama intensamente, así como los lectores ¿cómo fue tu drama cuando supiste que tu novela *Débora Kruel* fue picada porque no se vendía?

RIB. Es paradójico, después de que la picaron surgió otro tipo de lectores interesantes y ya ha tenido nuevas reediciones. La historia es así: alguno de la editorial

Plaza y Janés decidió que, luego de tres años de no haberse vendido la novela como se pensaba, había que mandarla a picar como basura reciclable. Como cosa curiosa *Débora Kruel* es una novela con un *succès d'estime*, dicen en francés, o sea, la estiman en ciertos círculos. Por ejemplo, Sarah de Mojica, una profesora de la Universidad Javeriana le dedicó un ensayo bastante bueno que salió luego publicado en una revista especializada, Cristian Valencia de *Cromos* estaba exultante cuando la conoció, Hubert Poppel, especialista en literatura de la Universidad de Antioquia, también dijo cosas muy buenas de ella en un capítulo de su libro sobre La novela policiaca en Colombia, calro que le confesó a alguien que era tan horrorosa esa portada que él dudó en comprarla cuando la vio por primera vez.

AEM. Se decía antiguamente que «a cada nombre su propia historia» y tu le das a tus personajes nombres de cantantes de la música popular y de actores de cine: ¿lo haces para rendir homenaje a estos exponentes reconocidos de la vida ciudadana o cuál es el motivo?

RIM. Es cierto. Me parecen nombres sugestivos y sobre todo ciertos apellidos, además, varias generaciones nos nutrimos de la canción popular y del cine mexicano y de vaqueros. Algunos de esos apellidos guardan un cierto eco, una magia insospechada, nos llevan a un tiempo pasado marcado por la nostalgia. Hay un libro interesantísimo que se llama *Feedback* de Carlos J. María donde, además de que estudia los apellidos, hace el análisis de todo lo que se estaba escribiendo hace diez años en Colombia, un excelente crítico, muy desconocido. Ahí puede rastrearse el origen de ciertos apellidos que figuran en mis libros, algunos por ser reales de la Costa y otros por provenir de personajes históricos. Claro que algunos vienen de lecturas que he hecho de literatura policiaca y sobre todo de la historia.

AEM. Parece que no has tenido mucha fortuna con los editores porque tu primer libro *Marihuana para Goering* publicado en 1990 tuvo tan desviado destino como *Débora Kruel*, ¿cómo es esa otra historia?

RIB. *Marihuana para Goering* es hoy un libro inconseguible porque solamente circularon 200 ejemplares ya que al editor le secuestraron toda la librería al día siguiente de haber salido *Débora Kruel*. Entonces solamente circularon esos ejemplares en bares de amigos y de vez en cuando aparecían unos ejemplares en el Paseo Bolívar de Barranquilla que al parecer un secretario del juzgado estaba sacando libros de ese secuestro y entonces los vendía allí. Esa fue la otra circulación ilegal del libro. No sé porqué en una revista *Semana* de finales de 1999 apareció, para sorpresa mía, el inventario de «Los cien mejores libros del siglo» y en un rincón de la lista decía «y tiene que tomarse en cuenta *Lo amador* de Roberto Burgos Cantor, *Marihuana para Goering* de Ramón Illán Bacca, *El desertor* de Plinio Apuleyo y otro de otra

señora». Esa noticia interesante estaba por allá en un rinconcito en la parte del cuento. No sé quién metió ese gol. Me llamaron de La Cámara del Libro de Bogotá y me dijeron que tenía que conseguir ese libro porque estaban poniendo un pabellón con los libros de *Semana* y que era inconseguible. Yo fui donde mi editor y me dijo que ya no existía. Durante varios días estuve merodeando por aquí y por allá en las anticuarias buscando el libro y nada y ya cuando había perdido toda esperanza, me acerco a un vendedor de libros en la calle y allí estaba entre libros de marxismo, la nueva era y Corin Tellado. Para no prevenir al vendedor, había un libro de Trostki, y le digo «ajá, oye campeón cuánto cuesta éste» y me responde: «tres mil barras» ¿y este achucho?: «dos mil», no, hombres, es demasiado caro, «bueno mil», y entonces el tipo se desenhuesó del libro que llevaba como veinte años sin poderlo vender, y yo feliz, entonces ése fue que mandé para la Cámara del Libro.

AEM. ¿Cómo logras combinar la labor académica universitaria con la actividad literaria creativa, sabiendo que una y otra son tan demandantes y a veces excluyentes?

RIB. He logrado sobrevivir porque durante mucho tiempo mantuve una actitud de resistencia pasiva y ahora me necesitan porque yo les doy imagen a la Institución, pero en dos ocasiones supe que me había echado, esas cosas extrañas que uno no sabe sino mucho tiempo después y los motivos eran porque iban dizque a formar un sindicato. Yo no tuve la menor idea de lo que pasaba en ese asunto, además, yo no estoy en contra de los sindicatos, cómo voy a estar yo contra un sindicato, eso me parece la cosa más normal del mundo, pero a mi no me dijeron nada ni yo tuve nada que ver con el tal sindicato. El hecho fue que los que organizaron la vaina pensaron que de pronto si yo hubiera sabido habría estado de acuerdo por si acaso, por si las moscas y me metieron en una lista. Yo no soy político, nunca he sido un político. Yo me acuerdo de los debates ésos, por ejemplo, una vez que hicieron un debate sobre el tema, todo el mundo habló de la cosa ésa y yo hablé de la parte socialista y por supuesto no le gustó al público; después supe alguien en un cargo muy alto dijo «no, éste no está en el asunto» y me salvé, pero lo vine a saber como diez años después. Yo no tenía ni idea que había estado en el filo de la navaja. Si me hubieran echado en esa época, me hubieran hecho un grave daño.

Yo soy abogado, no muy buen abogado y llegó un momento en que realmente ese oficio no me daba nada. Vivía en la angustia de pagar a la secretaria, el arriendo, los servicios, el teléfono y un montón de cosas, y yo leyendo novelas y nada que llegaba el cliente, entonces me dio una disnea y no podía respirar, fue una cosa impresionante. Fui a hacerme unos exámenes y me dijeron que primero tenía que ir a donde un sicólogo, entonces fui donde un siquiatra amigo mío y me dijo «bueno, mira, tienes que cerrar esa oficina porque o si no te va a dar un infarto. Me preguntó ¿qué saber hacer tú?», vivir del derecho le respondí y me replicó «no, pero no eso, qué otra cosa sabes». Le dije que podría dictar clases y bueno me gusta escribir, pero de eso no puedo vivir:

pata porque estaba Peñalosa con unos campesinos en una foto y entonces yo había puesto debajo «y ahora todos vamos a bailar Zorba el griego». De esa logré sobrevivir, pero después vino una señora que era Máster en periodismo agrícola de la Universidad de Michigan y ella había aprendido que uno tenía que emplear 1500 palabras que eran la terminología campesina, pero si uno tenía 1501 ya era un lenguaje complejo. Entonces yo parecía que tenía un vocabulario como de 3000 palabras, entonces me votaron porque no tenía motivación agrícola ni redacción simplificada, así fue como me echaron.

AEM. En un país donde la tierra, sobre todo su apropiación por la fuerza y concentración ha sido una de las causas de tanta violencia que ha padecido por siglos el país, la experiencia con esos baldíos en regiones de gamonales tradicionales y extrema pobreza ¿te sirvió para la experiencia literaria?

RIB. Bueno yo creo que *Marihuana para Goering* es un poco mi experiencia en La Guajira. Ese fue un cuento que después lo volví teatro y se presentó solamente como dos veces en Barraquilla en los años setenta. Después, como era amigo de Jairo Aníbal Niño, se lo envié y él lo publicó en la revista Teorema, entonces por haber sido publicado en Teorema alguna gente lo conoció y se representó en algunas partes. Mucha gente estaba convencida de que yo era el del MOIR o algo así y yo no tenía nada que ver con eso, yo simplemente se lo mandé a Jairo Aníbal para su publicación. Pero ese texto tuvo buena fortuna, porque en ocasiones me encontraba con alguna gente que me decía que había visto anunciada la obra en Ocaña o en Mompós, después supe que lo presentaron también en un festival de teatro en el Carmen de Bolívar. Una vez un chico muy joven fue a visitarme y me dijo «sepa que yo soy presidente de la casa de la cultura Vargas Vila de Codazzi y yo presenté su obra no sólo en Codazzi sino también en Bosconia, Caracolí, Caracolicito, Brumita, El Molino. Sepa que cuando la presenté en Valledupar un fulanita Morón no quiso acceder a que yo la presentara en la casa de la cultura, pero entonces después de la presentación si me dejaron presentarla pero en el Colegio La Presentación, y le digo una cosa: fue más gente a ver *Marihuana para Goering* que *Antígona* que estaba presentado Morón.

AEM. Dicen por ahí «que no hay pero diablo que el uno lleva dentro» y ¿era ese el que les alborotaba la protagonista de *Débora Krueel* a la alta sociedad samaria que no podía hacer lo que ella naturalmente provocaba?

RIB. Yo escribí la novela *Débora Krueel* que dicen que es policíaca, otros dicen que es de espionaje. Cuando yo la escribí, estoy hablando de un Santa Marta muy lejana, allá las mujeres de sociedad no se bañaban en el mar porque la blancura era un requisito muy especial, entonces la gente, las muchachas decentes, de clase, no salían sino a las cinco de la tarde con un paraguas para que no les cayera ni un rayo de sol,

pero había una que había vivido en los Estados Unidos que sí se asoleaba y se daba unas bronceadas grandísimas y la bautizaron «Diablito Frito». Entonces Diablito Frito salía de su casa y andaba como dos cuadras hasta llegar al mar y pasaba frente al paladio episcopal, naturalmente al obispo le daba como tres ataques cuando veía eso, y esta señora seguía sin mosquearse para el mar. Se había convertido como en una especie de leyenda y cuando yo iba a misa de diez de la mañana que me llevaba mi tía, de pronto se sentía como un rumor y uno trataba de voltear y mi tía no me dejaba, y era que había llegado Diablito Frito. Porque Diablito, además de eso, tenía algunas habilidades para hacer vestidos copiados de los figurines de la época, las modas más vanguardistas que había, y llegaba con unos sombreros a lo Greta Garbo y para acabar de completar la mitología sobre ella, se había casado cuatro veces y cuatro veces le había anulado el matrimonio por no consumado. Naturalmente, ella era un personaje extraordinario en ese entonces cuando yo empecé a escribir y me dije, bueno voy a escribir una novela y recordé todo ese anecdótico de Diablito Frito, pero ya para esa época todo lo que ella hacía ya no tenía mucho de vanguardismo, ha habido mucho agua bajo el puente.

AEM. Pero lo de Diablito Frito ¿no se vuelve pretexto en la novela para hablar de la presencia de los alemanes en el Caribe y la Operación Pelicano que tanto te interesó?

RIB. Lo que pasa y para volver la historia un poco más interesante, la volví espía y empecé a leer una cantidad de cosas sobre la Segunda Guerra Mundial, entreverándolo un poco con mis recuerdos de mi infancia. Yo recuerdo cuando tenía como cuatro o cinco años que la gente acudía a una radio grande y vieja para enterarse de las noticias de la guerra transmitidas por la BBC de Londres. Eso se anunciaba con un acorde de la quinta sinfonía de Beethoven, entonces empezaban todas las noticias de los aliados. Todo el mundo acudía a oír esas cosas de la Segunda Guerra Mundial, además de eso se veían cosas en la Costa, por ejemplo, de pronto estaba uno en la playa y aparecía un zepelín, un dirigible, volando sobre la Bahía y todos acudíamos a verlo y se sabía que eran dirigibles que salían desde el Canal de Panamá e iban hasta el cabo de la vela para poder ver las manchas de los submarinos que estaban por ahí y avisarle a la armada norteamericana que había submarinos.

En un momento dado, durante los tres primeros años de la guerra, los submarinos nazis estuvieron dándole realmente muy duro a todos los barcos aliados que transportaban mercancía o transporte de tropas por el Caribe y el Atlántico. Imagínate que hasta la Guajira llegaban los submarinos nazis para contrabandear la gasolina, el petróleo; había esa especie de comercio ilícito. Todas esas cosas siguieron pasando y se rumoraba, se decían cosas pero nunca era nada claro; sin embargo, «radio bamba» funcionaba de mil maravillas y todos agregaban algo a lo que habían escuchado. Esos son precisamente los recuerdos de mi infancia, apenas habías rumores, pero entrete-

nían a todos. Entonces decidí que iba a escribir esa novela y que me iba a informar bastante. Empecé a leer mucho sobre el asunto. Hubo un momento en que tenía una sobresaturación de información, entonces me pregunté: pero porqué me estoy saturando de la Segunda Guerra Mundial si lo que tengo que escribir es simplemente de mi infancia samaria con un telón de fondo de la Guerra, y eso es lo que debo hacer, me decía.

El otro asunto por el que me había interesado mucho fue el de la llamada «Operación Pelicano» llevada a cabo por los alemanes. Estos adiestraron a un grupo comando que iba a armar a unos aviones para poder bombardear la represa de Gatún y poner fuera de servicio el Canal de Panamá. La verdad es que yo sé de dónde me leí eso y si me lo leí, no me acuerdo, entonces empecé a trabajar esa historia y le escribí a Gustavo Bell (Exvicepresidente de la República) que en aquella época era estudiante de Oxford y conocido mío porque él había sido colaborador del periódico nuestro; también le escribí a Álvaro Posada Carbó pidiéndoles que me mandaran algo sobre la guerra secreta del Caribe porque ya esos archivos habían sido abiertos. Se demoraron como dos años en mandarme información al respecto.

Cuando recibí esa información del exterior, yo ya había escrito sobre la Operación Pelicano, después cuando vi el dato que mandaron de un agente británico que se llamaba Tony B. Sanders confirmé muchas de las cosas que había leído y escuchado sobre el asunto del espionaje y presencia nazi en el Caribe durante la Segunda Guerra Mundial. Sanders escribió una relación de los barcos en La Guajira que estaban ayudando a los alemanes; los agentes británicos registraron el número de viajes que hacían estos barcos, cuánto se demoraban y el cargamento que traían, si realmente era de acuerdo al tonelaje que tenían y si era inferior al tonelaje de partida, entonces pensaban los británicos que era que realmente en alta mar había habido el transporte e intercambio de combustible porque había como una especie de barcos o submarinos que los llamaban algo así como «las vacas lecheras» que eran los que recogían la gasolina para otros. A los otros submarinos que estaban dando vuelta por el Caribe los llamaban «los lobos del mar» y eran éstos los que se nutrían de los combustibles de «las vacas lecheras». Toda esa información me llegó tarde, porque yo ya había escrito la Operación Pelicano y estaba mucho mejor que esa información, apenas si medio recogí algo y me dije: bueno ya está listo y solamente corrobora que no estaba tan perdido del todo.

AEM. Pero aún antes de eso, muchos otros componentes habían entrado en la receta de tu novela, sobre todo las dificultades, casi de cuento, para digitarla, ¿cuáles fueron esas circunstancias?

RIB. Se puede decir que la novela fue como un barco a punto de naufragar ante tantos escollos. A pesar de los muchos sobresaltos y la inseguridad que esto me producía, por fin me decidí a escribir la novela a la que le mezclé diligencias judiciales

del día -porque aún era abogado que ejercía-, algunas frases de alguna lectura, porque siempre anotaba alguna cosa que me había llamado la atención, algo que había oído en la calle, algún dato histórico interesante, algún pequeño apunte, alguna piedrecita preciosa de la novelas que me había gustado y de la que yo hablaba con frecuencia; sin embargo, pasaba el tiempo y no escribía una sílaba, aunque por todas partes había apuntes como éste: «¡jojo, verse Isis sin velo para idear a la pitonisa!». Esta situación siguió así hasta que un día me dijo un amigo, Roberto Montes Mantilla: «tu novela no se va llamar *Débora Kruel* sino *La Improbable Débora*». Esta vaina me ofendió, me dolió el comentario, pero él tenía la razón porque teniendo todo para hacer la historia, no me decidía. También de verdad que me motivó a terminar la dichosa novela, pero no con el impulso necesario.

Como en algunas películas que se anunciaban en los cines de Barranquilla y de la que nos dan cortos y avances, pero que duran hasta un año para llegar a exhibirse, a mí también me pasaba lo mismo con la novela. Escribía cuentos y artículos que vislumbraban un tema más amplio, con mayor respiración, pero la novela no llegaba. En cierto momento estuve completamente enredado. Como quería hacer una novela con fondo histórico, me la pasé en las hemerotecas para después indagar durante horas, sacar algún pequeño dato desechable, como las máquinas que remueven toneladas de tierra para sacar una pepita dorada. Ahí es cuando se comprueba las desventajas comparativas del que investiga en Barranquilla, no hay una buena hemeroteca, no hay un archivo filmico bueno, no hay una buena colección de fotografías, hay algo contra el pasado. Ahora parece que algún interesado quiere hacer algo al respecto, pero habrá que ver. Con la inmensa desventaja de no tener mucho en dónde buscar, me puse a escarbar y encontré algunos datos para el caso Mamatoco o sobre el hundimiento de un barco alemán en las costas de La Guajira. De pronto y por casualidad leí en *El Tiempo* una nota que llamaban «Datos Históricos» sobre los alemanes en Colombia y ahí estaba todo lo que a mí me había costado tantos meses de rastreo, lo publicaron en un dominical cualquiera.

Nunca me faltaron sobresaltos, yo recuerdo que estuve durante semanas cortejando a una vieja alemana neurótica e hipersensible con el fin de sacarle alguna información. Yo mantuve una diplomacia con ella para lograr mi objetivo, pero cuando ya estaba cerca del tesoro, me decía: «puedo mostrarle unas fotos que le van a interesar pero no sé si debo dárselas, vuelva el próximo sábado». Cuando yo estaba ya en un estado de felicidad y ansiedad esperando que la mujer cediera finalmente, veo que sale un libro titulado *Colombia Nazi* escrito por Silvia Galvis y Donadio donde estaban todas las fotos ésas de los Nazis allá en Barranquilla y estaba la información pertinente. Todo lo que la señora ésta me iba decir se lo había dado en cualquier momento a la periodista Galvis que era más audaz que yo o lo que sea, bueno, el asunto fue que por un instante me sentí ahogado y dije, entonces ahora qué hago, está ya la información, la verdad era que yo quería usarla como telón de fondo, ya no podría utilizarla sino apenas como un dato tomado así. En esos días llegó el novelista

Moreno Durán a Barranquilla y me dijo: «dizque tú estás escribiendo una novela sobre los alemanes en el Caribe, pero si ya Sergio Pitól (mexicano) escribió *El desfile del amor* que trata sobre el mismo caso, la guerra en el Caribe». La nueva preocupación ahora, además del desánimo que me trajo, fue como conseguirme la novela de Pitól para ver de qué trataba. Al fin Germán Vargas que es un buen amigo mío llegó de un viaje y me trajo *El desfile del amor* y me lo leí con avidez, pero no, no tenía nada que ver con lo que yo estaba haciendo. Además, el libro me costó carísimo. De todos modos, lo que ocurre en Ciudad de México y lo que ocurre en nuestra costa caribe son dos sociedades tan distintas que un mismo hecho produce resultados distintos. Después por ahí alguien, otro escritos medio: «pero yo también tengo ese rema» y empecé a contarme algo pero me di cuenta que definitivamente «Diablito Frito» era mejor, entonces no le paré muchas bolas y decidí seguir con lo mío.

Cunado al fin terminé la novela, el sobresalto salió de donde menos lo esperaba. Se lo entregué a un amigo que me dijo: «tienes que pasarlo en computadora», en esa época la computadora era una novedad, estoy hablando del 85, entonces la tuvo como un mes su poder, no me pasó esa cosa. Y nadie sabía después dónde estaba el mamotreto, dónde estaba la novela, trabajaban allí como tres o cuatro personas y nadie sabía nada y todo el mundo le echaba la culpa al otro, al fin lo rescaté y se lo entregué a una secretaria de nombre Colombia y le dije: hazme el favor y te voy a pagar, pásame esta novela, entonces cuando estaba por la mitad me la entregó y me dijo: «no voy a perder más el tiempo, págume los once mil pesos que me debe y le entrego esto» y me la entregó por la mitad. Entonces cogí la novela y se la entregué a un par de amigas y les pedí el favor que me la pasaran, me la entregaron después y cuando empecé a revisarla, encontré que en la primera parte había un personaje que se llamaba Colombia Peñate y que en la segunda parte no aparecía ese personaje, sino que aparecía otro personaje que se llamaba Francia Trabesero. Fui donde Colombia y le dije: cuando tu me pasaste esto ¿qué pasó?, y me dice: «es que usted estaba empleando mi nombre y yo no tenía ningún interés en que saliera mi nombre en su novela». ¡Cómo pueden pasar esas vainas!

AEM. Los concursos como los ganadores de las loterías que descubren el número ganador por «azar» en el fondo de una taza de chocolate, en una agalla de pescado o en las cosas más insólitas, sólo satisface a los ganadores porque los demás creen que no hubo tal azar. Siempre han manifestado no haber estado satisfechos con el resultado, ¿cuál es el motivo para ello?

RIB. Después de tantas dificultades, finalmente mandé la bendita novela a un concurso de Plaza y Janés y tenía ciertas cosas porque había tenido que tachar y poner en lápiz el otro nombre y eso es malísimo, porque si hay algo que los jurados detesten es que les hagan correcciones encima de las cosas que uno manda, y yo lo sé porque yo también he sido jurado. Al mes cuando ya iban a dar el fallo, yo ya no tenía

muchas ilusiones, y de pronto me enviaron un telegrama que decía «sírvese reclamar el pasaje para que venga a Bogotá» y me dije: si te envían el pasaje es que por lo menos estás de finalista. Naturalmente, uno de los problemas que tenemos mucha gente de la Costa es que no tenemos ropa de Bogotá y con frecuencia se nos quedan ahí unos sacos colgados años y meses y, después, cuando nos los queremos poner, la polilla ya ha hecho daños allí y allá. Siempre tuve problemas con este asunto, además de que los modelos resultan atrasados, ya no se usan así sino así, entonces tuve que correr a comprarme algo rápido y bueno, llegué a Bogotá. Naturalmente se me había olvidado exactamente donde era que tenía que ir, llegué a la editorial Plaza y Janés y me dijeron «no señor, no es aquí la ceremonia sino en el Hotel Hilton». Entonces corrí con mi maleta hasta el Hilton pero nadie me dio razón. Preguntaba y me respondían: «no señor, no sabemos de eso» y me preguntaba: qué hago yo aquí en Bogotá sin mucha plata y sin saber donde es esa vaina.

Desesperado llamé a algunos amigos a ver quien me daba alojamiento y nadie respondía y me decía: cómo es posible que me esté pasando esto, hasta que vi que el gerente de Plaza y Janés iba para el hotel, lo reconocí y me presenté y este me dijo: «creíamos que usted no venía. Usted tiene una reserva en este hotel». Regresé, me bañé en la tina, bajé a observar el resultado y entonces empezaron a anunciarlos como en los reinados de belleza, primera princesa con un viaje a Pretoria, eso era como por puntos, yo salí como de cuarto. Bueno, no está mal, me dije. Después salió la tercera escogida, yo ya no puedo hablar mal de esa gente, era una novela que se llamaba *Ily Ily Iny*. El solo título me pareció horrendo, cómo van a premiar una cosa que se llama así, y era que estaba en inglés y significaba *I love you, I miss you*. Naturalmente que cuando llegó el momento de la verdad tuvieron que cambiar el título por el de *Novia o amante*. Es una novela que creo nadie se ha leído. Era de una señora, como que era muy amiga de la esposa del gerente, entonces se levantó y empezó a dar los agradecimientos: «agradezco porque esta es la primera vez que una mujer se hace presente en la novela colombiana...» y no sé que más cháchara, un discurso así todo empenachado, pero lo más simpático era que al lado mío estaba Lucy Barco de Valderrama que se había ganado un premio nacional diez años antes con otra novela espantosa llamada *La picuá se va* y se levantó a protestar porque no era la otra la que era primera sino que había sido ella. ¡Divino! Yo estaba divertidísimo con eso.

El segundo premio fue para una novela que se llamaba *Largo ha sido este día* de un autor cienaguero que vive en Bogotá y la primera fue para Tomás González, era como unas viñetas y esa sí me gustó. Pero yo creo que *Débora Kruel* era mejor. Después con el paso del tiempo *Débora Kruel* caminó sola. Claro que la primera edición tuvo una portada feísima que ahuyentó a muchos lectores. Hasta en eso no tuve suerte, pero ahí sigue reeditándose. La novela ha caminado muy bien entre los críticos y ya tiene más de diez años de haber sido publicada. Cristian Valencia dijo en un comentario de libros de *Cromos* que cómo era posible que esa novela hubiera pasado tan desapercibida. Así pasan las cosas, pero de todos modos ella es parte de

las muchas lecturas que hace uno, que lo van nutriendo sin darse cuenta. Yo cada vez que me la leo, me gusta más, creo que no está mal. Porque hay unas cosas que envejecen de manera irremediable y no hay nada qué hacer sino olvidarse de ella, y hasta avergonzarse, pero eso no ha ocurrido con *Débora Kruel*, me siento bien.

AEM. ¿Qué pasó finalmente con ese encantador personaje llamado popularmente «Diablito Frito»?

RIB. Es una pregunta que de pronto los samarios nos hacemos: ¿qué se hizo Diablito Frito? La verdad es que la última vez que yo la vi era una señora gorda y fue hace como veinte años atrás durante una presentación de la orquesta sinfónica en Santa Marta. Estaban los músicos ahí en el Panamericana sentados frente al mar y ella como coqueteándole a uno y el tipo se acercó y entonces se sentaron a conversar, es la última imagen que tengo de ella, después no sé qué habrá pasado. Pero ella no debe saber de la novela, no sé si se murió o está viva, en Santa Marta no vive, eso si es claro.

Lo malo en Santa Marta es que la gente está leyendo la novela como una novela realista y se la pasan buscando parecidos todo el tiempo, por ejemplo me encontré con un médico en Barranquilla y me dice: «pero esa Colombia es Raquelita Vigio», pero quién es Raquelita Vigio, le pregunte. «esa que tú tienes ahí (en la foto), tú te inspiraste en ella», lo siento, le digo, pero yo no conozco a Raquelita Vigio, no me pude inspirar en ella. Y los Oscaritos ésos que tú pones a correr por ahí, ésos son los Angarita. Si te leer la novela así, definitivamente algún día vas a encontrar parecidos, pero así no se lee. Entonces mucha gente no dice *Débora Kruel* sino la novela de «Diablito Frito», pero eso es en Santa Marta afortunadamente, porque he encontrado que la gente que la lee en el interior o mis alumnos que la leen en Barranquilla que tienen 18 años y no tienen ningún referente al respecto, la leen como debe leerse y les gusta o no les gusta. Algunos apodos sí los utilicé porque yo me acuerdo que había una muchacha que vivía por los lados de mi casa y tenía un peinado que era como un bucle y otro más arriba y otro más y entonces la había apodado «mar de leva», entonces yo emplee ese apodo y claro naturalmente todo el mundo sabía a quién me refería.

AEM. A ti te encantan las anécdotas, el rumor, las historias de alcoba y fuera de ella, la vida cotidiana, la salsa de la vida que pasa, las pequeñas historia del pasado y todo ello nutren tu imaginación y escritura. ¿Tu obra es, como decía Carrasquilla de la novela: «un gran chisme, bien contado?»

RIB. Generalmente ese tipo de cosas las encuentran son los críticos. Yo creo que la cultura costeña es muy oral, es fundamentalmente oral, tanto es así que uno de los primeros viajeros que pasó por aquí fue un danés de apellido Grossman o algo así, él escribía «la gente de aquí no lee, todo el conocimiento se transmite a través de la

palabra», eso escribió refiriéndose a la Costa. Yo creo que esa cosa oral nos agobia incluso; realmente todo el tiempo está uno recibiendo como esa receptividad, y esa otra cosa que es el escritorio casi no la hay. Uno escribe y no sabe exactamente cuáles son todos esos ríos que están desembocando en uno. Yo oigo más bien lo que me dice la gente, me encanta y estoy muy atento a ese latir popular.

AEM. Un texto que tuvo más fortuna al salir fue *Maracas en la Opera*, ¿crees que fue el tema pasional, de amores furtivos, de comedia y de tragedia que está en el fondo o ya tenías expedita la mano con las historias anteriores?

RIB. Realmente yo tenía un argumento que pensaba emplear después de publicar *Débora* y todos sus rollos con la «Diablito Frito», entonces yo pensaba en algo que me había ocurrido. Yo estaba en un hotel en la novena con 23 en Bogotá, había peleado con mi cuñado y me había ido a dormir, esto hace como casi treinta años, entonces siento por la mañana un ruido y yo me asomo a la puerta y veo algunos policías que están sacando dos camillas de la pieza vecina, un hombre y una mujer y pregunto qué pasó y me dicen: él la mató y después se suicidó. Esa tarde, leyendo *El Espectador*, vi que decía «capellán del cantón... mata a su sobrina, su amante, y después se suicida» y la foto era de mi prefecto de disciplina, yo quedé absolutamente fuera de lugar. Ahí mismo me dije que tendría que averiguar más datos sobre el personaje. Tenía algo que ver con la Guajira, inclusive una señora chismosa me dijo: «ese muchachito que va allá, ése es hijo de él» y cosas así. Alguna vez hablando con un amigo en el Rodadero (Santa Marta) le digo: hombre estoy tan interesado en escribir esa historia del padre Ruperto Callón, me interesa mucho escribir esa historia, entonces había una señora vestida de guajiro y dice «¿qué pasa con Ruperto Callón? Ese es miembro de mí familia», entonces yo me fui, uno nunca sabe cómo va a interpretar una mala frase y el cuento se quedó así paralizado, lo pensaba escribir pero nada (este es el tema de la novela *Disfrázate como quieras* 2002).

Pero el origen de *Maracas en la Opera* fue otro y bien simpático. Cuando yo trabajaba en La Guajira, estaba asistiendo al levantamiento de un cadáver en una ranchería, entonces yo estaba ahí y hacía un calor impresionante, se nos acerca una muchacha y nos dice: «la maestra de la escuela les manda un refresco». Cuando acabamos la diligencia, el secretario y yo nos acercamos a la casa de la maestra para agradecerle y nos hizo pasar a la sala y en la mitad de la mesa de la sala veo la foto de mi papá, aja, pregunto: ¿y qué hace Roque Bacca aquí?, y me dice con todo el desparpajo del mundo: «ay, tan buena persona como es mi marido, claro que él sale mucho de viaje y casi nunca viene acá». Yo no quise decir nada más y volví al asunto de la diligencia.

Bibliografía de Ramón Illán Bacca

Novelas

- (2002) *Disfrázate como quieras*. Bogotá: Planeta.
(1996) *Maracas en la ópera*. Medellín: Cámara de Comercio.
(1990) *Débora Kruel*. Bogotá: Plaza & Janés.

Cuentos

- (2001) *El espía inglés*. Medellín: Eafit.
(1994) *Señora tentación*. Barranquilla: MI Editores.
(1976) *Marihuana para Goering*. Barranquilla: Lallemand Abramuck.

Crónica y crítica

- (2000) *Veinticinco cuentos barranquilleros* (antología). Selección, prólogo y notas de Ramón Illán Bacca. Barranquilla: Uninorte.
(1998) *Escribir en Barraquilla*. Barranquilla: Uninorte.
(1990) *Crónicas casi históricas*. Barranquilla: Ceres-Uninorte.